

Editorial

¿QUIÉN CEDERÁ EL CUPO?

“¿Quién? ¿Quién va a levantarse y a ceder el cupo para el prójimo?” Empezamos el editorial de este número de la Revista de la CLAR con un pensamiento del cantante alemán Klaus Hoffmann, que en su canción “*Wer steht für den anderen auf?*” constata la actual tendencia de la humanidad a competir, a vencer y a someter a los demás, revelando una cada vez mayor deshumanidad. El tema de “La Vida Religiosa y las Semillas de Humanización” que esta edición aborda, pasa profundamente por la cuestión de la escucha al otro, de la atención que el otro merece, de la necesidad que tenemos todos de tratar-nos bien, de ser compasivos y misericordiosos en nuestras relaciones. Y así, al hablar de la humanización de la y en la Vida Religiosa, volvemos a preguntarnos ¿Quién va a levantarse y a ceder el cupo para el prójimo?”



Ir. Paulo Petry, FSC
Presidente de la CLAR

Creemos que es importante parar y analizar el modo como nosotras/os, religiosas/os, vivimos, con quienes vivimos y como convivimos. En la cultura del “vencer de cualquier manera” nos igualamos a todo el mundo y muchas veces somos desafiadas/os a demostrar nuestro valor y capacidad de competir, hasta incluso con otras/os religiosas y religiosos. Se nos impone la obligación de vencer para que

nuestro nombre, o el nombre de la Congregación, sea reconocido y adquiera cierto status en la Iglesia, en la ciudad, en el departamento o en el país. Poco a poco esperamos que nuestro nombre sea reconocido, y que otros que desean vencer nos busquen para alcanzar la victoria.

¿Pero quiénes, en el mundo de hoy, son las Religiosas y los Religiosos que buscan vencer, cueste lo que cueste? ¿Y quiénes son las/os que logran contemplar la vida con los ojos del Maestro, que dio su vida para que todos tuviéramos vida, y vida en abundancia? ¿Quiénes son las/os religiosas/os, las/os más humanas/os de entre las/os humanas/os, que se levantan para ceder el cupo al otro? Tanto unas/os como otras/os tienen nombres, vida, alegrías y tristezas... todas/os llamadas/os a una vida digna, humana y humanizadora. Una vida que es constante aprendizaje del amor al prójimo, de la alegría de convivir en comunidad, un aprendizaje de la voluntad de construir un mundo mejor para sí y para las/os demás, un aprendizaje en el que una y otra vez es necesario ceder el cupo al prójimo.

Prácticamente, cada una/o de nosotras/os desea un pedazo del pastel, la mejor parte de la torta, ganar la lotería, llegar al horizonte sin quedarse atrás. Pero, preguntémosnos, ¿quién hoy es capaz de ceder el lugar al otro, para que él pueda sentarse y descansar, ya sea en el metro, en el bus o en la vida? Como religiosas/os, especialmente las/os que trabajamos con las juventudes, muchas veces tenemos que preguntarnos si somos suficientemente creativas/os para ayudar a las/os jóvenes a descubrir el valor del colectivo y de la vida en comunidad, para ofrecerles la posibilidad de construir relaciones fraternas y que humanizan la convivencia en la sociedad. ¿Y, en la perspectiva de la humanización, dentro de nuestras comunidades religiosas somos capaces de valorar la ternura, la sorpresa, la entrega, lo humano de cada Religiosa/o o sencillamente tomamos conciencia del éxito, de las conquistas, y de la competencia que cada cual se esfuerza por obtener personal o comunitariamente?

¿Quién de nosotros no deseó la primera fila, el mejor cupo en un estadio, en el teatro, en el cine o en el espectáculo de la existencia?

Somos excelentes al elegir los cupos. ¿En busca de la cima, quién quiere quedar atrás? Es bueno recordar que “la cadena es tan fuerte como lo más débil de sus anillos”, como dice el adagio. En el intento de traducir este dicho popular al mundo de la Vida Religiosa, podríamos decir que mostramos nuestra fuerza en la Iglesia y en la sociedad, al buscar la superación de las dificultades de cada religiosa/o, al humanizar nuestras relaciones, al considerar y aceptar como Hermanas/os a las/os que el mundo juzga como “las/os más débiles”. Cuanto más logramos elevar humana y cristianamente a cada religiosa/o, más estamos contribuyendo a que el mundo sea un mundo de paz, de verdad, de justicia, de solidaridad y de amor: un mundo más humano. Un mundo donde todas/os puedan convivir respetando los derechos humanos y los de todas las creaturas amadas del Creador.

Generalmente, cuando se nos ofrecen oportunidades de crecimiento, nosotras/os las agarramos con todas nuestras fuerzas. Nos arrojamus a la carrera que nos llevará al pódium. En esta carrera, a veces, encontramos por el camino a quienes fueron derribadas/os. Ahí surge otra vez la pregunta inicial que, en el contexto de la Vida Religiosa, se expresa de modo distinto: “¿Quién de nosotras/os es capaz de parar y extender la mano para levantar a éste o aquél, cuyas fuerzas la/o abandonaron?” Si acaso tenemos el coraje de hacerlo, otras/os se nos adelantarán, y el primer puesto ya no será nuestro. He ahí un reto, y de los más difíciles. Tender la mano a aquella, a aquel que “compite” con nosotros por un cupo bajo el sol, por un puesto en la misión, por un “título” en la comunidad, por una “bendición especial”. Ciertamente, todas/os queremos una comunidad más humana, una comunidad más cristiana... Y por eso volvemos a preguntarnos: ¿Quién va a levantarse para que la/el otra/o se pueda sentar y descansar?

“Nadie quiere perder”, parece ser una de las máximas de la naturaleza humana. Para destacar solo que una de las actividades humanas, recordemos lo que pasa en el mundo del deporte, tal como sucede en nuestro cotidiano: las/os vencedoras/es se destacan, son amadas/os, reconocidas/os y aplaudidas/os. Nos olvidamos, por tanto, de que muchas/os lo intentaron sinceramente, pero no llegaron al primer lugar. Muchas/os se esforzaron incluso más que quienes quedaron ubicadas/os

primeras/os, pero el pódium no fue de ellas/os. A éstas/os tenemos que aplaudirlas/os también. A las/os religiosas/os que dan lo mejor de sí mismas/os y que, sin embargo, “fallan” en algún aspecto de la misión, también tenemos que aplaudirlas/os y darles el estímulo correspondiente. Si no logramos ver la victoria de ellas/os en ésta o aquella área específica, quizás se deba a que no hemos contemplado el todo y a que no hemos percibido que ellas/os son capaces de vencer en otras áreas, hacia las cuales no volvemos la mirada ávida de grandes resultados.

Tal vez tengamos que aprender a ver lo bueno y lo bello que todas/os nuestras/os hermanas y hermanos son capaces de producir en su día a día, cuando se perciben amadas/os, cuando perciben que son capaces de transformar la realidad, de trabajar en comunidad, cuando perciben que más allá de sí mismas/os existe el otro que también ama la vida, el mundo y los demás seres que con él conviven.

Ah! me dirán algunas/os, “¡pero hay religiosas/os que no logran percibir todo esto!” Pues ahí está precisamente nuestra misión. Como decía San Juan Bautista de La Salle, “con firmeza y ternura” estamos llamadas/os a orientar a nuestras/os co-hemanas/os en la busca de los valores humanos y cristianos, somos llamadas/os a hacer el camino con aquellas/os que se han desviado del camino que nos hace ser más humanas/os. Junto a las/os demás tenemos que buscar los senderos que nos permiten abrirnos a otras culturas, a reconocer en la otra, en el otro, el bien, lo bello y la vida del Dios que, encarnado, valora toda condición humana.

¡Pues bien!, parece que en esta reflexión estamos valorando poco a aquellas/os que conquistan los primeros lugares, a aquellas/os que tienen “dones especiales”, a aquellas/os que vencen con mayor facilidad. Tal vez no sea exactamente eso. Por lo menos no es ésta nuestra intención. Lo que queremos destacar aquí es la actitud de algunas/os vencedoras/es. O mejor, lo que queremos destacar es la cultura generalizada de que hoy vale tan solo quien es vencedor/a, aunque para

esto tenga que atropellar a la/al otra/o. Si bien el mundo nos empuja a la competencia, como religiosas/os, en nuestra misión y comunidad tenemos que reconquistar el valor de la colaboración y de la cooperación.

Claro que el paraíso tiene su precio y quien nada arriesga es relegada/o, como todas/os sabemos. Al hablar de colaboración, no podemos ignorar a las/os que se acomodan, a las/os que nada quieren arriesgar en su lucha por el mundo. A estas/os tenemos que alertar, alentar e incentivar, para que no queden a mitad de camino. Todas/os, tanto las/os que tienen más facilidad para convivir y formar comunidad, como quienes más necesitan hacer un esfuerzo especial para vivir bien relacionadas/os, tienen que, en determinado momento, arriesgar algo. Al jugarse la vida rumbo a lo nuevo, el ser humano es capaz de crecer, de superar las propias limitaciones y de encantarse con el mundo de posibilidades que se desencadena. Pero es necesario arriesgar. Y para las/os otras/os, para aquellas/os sin nombre, sin acción, para las/los que se lanzan al mar sin las redes, las puertas se cierran, ya que muy pronto tanto los mejores como los otros lugares estarán ocupados.

Así, hablando de humanización, al mismo tiempo que afirmamos la necesidad de trabajar por el bien y por el crecimiento de la otra y del otro, no podemos ni tenemos que, de manera alguna, dar los pasos que la/el otra/o debe dar. Por una parte, tenemos que animarnos a ser acogedoras/es, respetuosas/os y promotoras/es de la vida en su plenitud, pero por otra, tenemos que apoyar e impulsar la búsqueda de un lugar bajo el sol, sin pisar a las/os demás, y sin acomodarnos. Ni acomodadas/os, ni competidoras/es... En nuestra misión tenemos el reto de ofrecer lo mejor de nosotras/os, para que la/el otra/o, con nosotros, sea más humana/o. Finalmente, podremos constatar si alcanzamos nuestra meta, nuestro objetivo, cuando, mirando a nuestro alrededor, observamos Hermanas y Hermanos que logran vivir en armonía, en paz, en alegría y que realizadas/os son capaces de auto-transcenderse. Y, al mismo tiempo, logramos ver manos tendidas de religiosas y religiosos que, con la comunidad y como comunidad, luchan por más vida, y vida con calidad humana.

“¿Quién se levantará para que el otro pueda descansar? ¿Quién entregará su vida para que la/el otra/o pueda vivir y ser más humana/o?” Empezamos el editorial con esta pregunta, sacada de una canción alemana, a la cual no todas/os tenemos acceso. Ahora, concluyendo, sugerimos otra canción, pero esta vez en castellano. Esperamos que sirva de fondo musical durante la lectura de este Número de la Revista. La Hermana Cecilia Rivero Borrell, RSCJ, en el CD “Espacio Habitado”, nos presenta la canción “Dame Señor tu mirada”, a través de la cual pide al Señor que Él nos dé su mirada, para que podamos ver desde allí. Y así, con la mirada de Dios sobre nosotras/os, la divina Ruah también nos conceda entrañas de compasión para que pueda el Señor amar en nosotras/os a todo ser humano. Un amor así, en la Vida Religiosa, solo será posible cuando dejemos que el Señor sea el amante en nosotras/os, El que en nosotras/os ame creativamente a las/os hermanas/os que con nosotras/os conviven en comunidad.